

Realidades distópicas: Fahrenheit 451 y la censura durante la última dictadura militar argentina (1976–1983)

Miqueas David Diaz

Estudiante del Ciclo introductorio de la Escuela Universitaria de Artes
(UNQ)

“Un libro es un arma cargada en la casa de al lado... ¿Quién sabe cuál puede ser el objetivo del hombre que ha leído mucho?”

Ray Bradbury. Fahrenheit 451.

Cuando el Coronel Jorge Alberto Marincola entro en el campus de la Universidad Nacional de Lujan, le salió al paso el Director Emilio Mignone.

Lo primero que hizo el militar fue interrogar:

-¿Dónde están las armas?

-En la Biblioteca- respondió Mignone.

Marincola no capto la ironía y mando a revisar la biblioteca.

Sus soldados no encontraron nada, nada más que libros.

Intervención de la UNLU (1976)

Imaginen un mundo en el que el Estado prohíbe todo tipo de acercamiento a los libros, la religión, al estudio, al arte y al libre pensamiento, y que toda forma de expresión es eliminada por ir en contra del gobierno, tratando de justificarlo con que “genera preocupación a las masas”, “hace infeliz a la gente”, “no vale la pena”...

Fahrenheit 451 es una novela de ciencia ficción distópica escrita por Ray Bradbury en el año 1950. En la literatura, las llamadas novelas distópicas se destacan por describir una realidad alterna a la que vivimos con rasgos mayoritariamente negativos. Sociedades indeseadas y conflictos que cualquiera de nosotros no

quisiera vivir. Es decir, es el lado opuesto a la utopía, encargada de los rasgos positivos y mayormente favorables de un sueño, sociedad o nación.¹

Fahrenheit cuenta la vida de Montag, un bombero que en vez de apagar incendios los provoca, eliminando todo indicio de libros y materiales culturales considerados “peligrosos”. El protagonista lleva una vida normal hasta que se encuentra con Clarisse MacClellan, una joven de 17 años que, entre charlas, genera en él una duda existencial. A partir de allí crece su curiosidad por saber por qué se queman los libros.

Montag vive con su esposa Mildred, que está acoplada al mundo que le rodea. Mildred vive de la televisión y de las reuniones frívolas con sus amigas. Interactúa con el televisor a tal punto de nombrarlo como familia. El grado de dependencia en el que vive es tal que se la pasa pensando en cómo hacer para agregar una telepared más. En el cuartel de bomberos el jefe de Montag se llama Beatty. En él se puede observar el repudio y rechazo a los libros. Representa el control y la justificación de los actos que comete el Estado totalitario que describe Bradbury.

La historia alcanza un punto nodal cuando se produce un incidente con una señora que decide morir con sus libros. Ella pronuncia la frase: “Por la gracia de Dios, encenderemos hoy en Inglaterra tal hoguera que confío en que nunca se apagará”. A partir de ese suceso Montag empieza a guardar algunos libros para descubrir por qué la gente es capaz de correr tal sacrificio. Luego de encontrarse con varios ejemplares, entre ellos la Biblia, decide buscar ayuda con Faber, un sujeto que una vez se había encontrado en un parque y que le había contado que era profesor de literatura de una Universidad que había cerrado por falta de alumnos.

La trama se desenvuelve cuando Montag toma la mala decisión de leerle un poema a las amigas de su esposa. Logra escapar para encontrarse con los que decidieron vivir apartados de esa sociedad y salvar los libros para así convertirse cada uno en un libro viviente, memorizándolos y esperando la hora de que todo calme y puedan salir a la luz, reimprimiendo los libros y volviéndolos a difundir nuevamente.

Fahrenheit 452 contiene aspectos análogos a los de la última dictadura militar argentina ocurrida entre los años 1976 y 1986, los que de alguna manera anticipa. Y es que durante el golpe cívico/militar denominado “Proceso de Reorganización Nacional” se produjeron hechos similares a los que aparecen en la novela. Para

¹Entre estas obras de ciencia ficción distópicas también se encuentran “1984” escrita por George Orwell (1949) y “Un mundo feliz” de Aldous Huxley (1932)

ilustrarlo me centraré en la quema de un millón y medio de libros pertenecientes al Centro Editor de América Latina.

La periodista y escritora argentina Mariana Enríquez en *El día que quemaron un millón y medio de libros* (2000) describe ese hecho: “En la mañana del 30 de agosto de 1980, en un terreno baldío de Sarandí, un grupo de camiones volcadores descargó un millón y medio de libros, publicados por el Centro Editor de América Latina. Después, un grupo de policías los roció con nafta y los incendió...Esta quema no fue un hecho aislado sino más bien la culminación de una persecución que atacó muchas editoriales, entre ellas el allanamiento y clausura de Siglo XXI editores, y más tarde el encarcelamiento de los directivos, el cierre definitivo y la quema de libros de la editorial Constancio C. Vigil en Rosario y la desaparición de trabajadores editoriales como Graciela Mellibovsky (asistente de producción del CEAL), Pirí Lugones (correctora y traductora de Jorge Alvarez, Carlos Pérez Editor y Crisis) y tantos otros”.

Cabe preguntarse ¿Qué contenían los libros incinerados para que tanto se les temiera? ¿Por qué en la novela de Bradbury una mujer decide morir incinerada junto a los libros? ¿Qué se esconde dentro de ellos, capaz de ameritar ese sacrificio?

Beatty justifica sus acciones en nombre de “la igualdad” con un gran discurso en el que enuncia: *Hemos de ser todos iguales*. “No todos nacimos libres e iguales, como dice la Constitución, sino todos hechos iguales. Cada hombre, la imagen de cualquier otro. Entonces todos son felices, porque no pueden establecerse diferencias ni comparaciones desfavorables. ¡Ea! Un libro es un arma cargada en la casa de al lado. Quémalo. Quita el proyectil del arma, domina la mente del hombre. ¿Quién sabe cuál podría ser el objetivo del hombre que leyese mucho? ¿Yo? No los resistiría ni un minuto...” ¿Qué es, lo mejor entonces, para un gobierno? ¿La ignorancia de su población? Poder censurar las noticias, ocultar la verdad, distraer y no permitir que nada se cuestione...

En *Un golpe a los libros* (2001), Manuela Fingueret explica: “Estos actos de vandalismo parecían demostrar que, para los censores, un libro no valía nada. Pero, paradójicamente, reforzaron la idea contraria: que los libros pueden ser tan fuertes como para convertirse – según ellos argumentaban – en “vehículos de propagación de ideología subversiva”. Sin quererlo, reconocían en el libro un símbolo de transformación, de pensamientos, de búsquedas y de sueños. Y en esto no se equivocaron” (p.4).

No, no se equivocaron. Un libro es capaz de muchas cosas. Desde sumergirte en un barco en el medio del mar para cazar una ballena blanca hasta encontrarte con el lugar donde todos los puntos se unen.

En el caso de Fahrenheit la gente que piensa distinto es estrictamente monitoreada y resulta ser una “amenaza”. Esta cuestión no es reflejada detalladamente en el libro pero sí en la película hecha en 1966 y dirigida por François Truffaut. En ella se muestra cómo los bomberos tienen expedientes de cada caso, y un sello de “rehabilitado” para los ya detenidos. Sabemos que las detenciones, torturas y desapariciones fueron el destino de muchos de los trabajadores, estudiantes e intelectuales que cuestionaban la última dictadura.

Quema de libros, detenciones, “rehabilitación” para las personas que piensan distinto para transformarla en “iguales”, desapariciones, cierre de bibliotecas, eliminación de las carreras de Historia, Literatura, y reemplazo por entretenimiento basura e interacción con la pantalla. Claro, ¿A quién no le gusta, vivir con Bailando por un sueño y Gran Hermano? ¿A quién no le gusta dejar de pensar y solo vivir sin sentir? Depender de pastillas para dormir, consecuencia de estar conectado todo el día a una pantalla. Depender de los caprichos tecnológicos que impone el mercado y también de reuniones con otras personas que tampoco reflexionan. Perder eso que nos hace humanos tan solo para ser controlados por una organización mayor...

En el apartado “¿Qué ocurrió con la cultura y la educación durante la última dictadura?” del libro *Pensar la dictadura* (2010) expresa: “la dictadura sostenía que se evidenciaban síntomas de «una grave enfermedad moral que afecta a toda la estructura cultural-educativa» y que la misma era producto de los excesos de saberes, opiniones, actitudes y prácticas que habían orientado la política educativa de las décadas previas...” (p.71). Se prohibieron autores como Karl Marx y Paulo Freire. Se recortaron contenidos de Historia Argentina y se prohibió la enseñanza de la teoría matemática de los conjuntos, entre otros.

El intento de la censura fue tal que hasta se prohibieron cuentos infantiles por obtener citas a la organización y agrupaciones en lugares públicos². Palabras como amor, libertad, unión, grupos, familia, protesta, lucha, revolución. Inclusive el quitar palabras en el diccionario, pero ¿Cómo se puede reemplazar o quitar las palabras que describen los acontecimientos en ese momento? Se puede quitar la

²Es el caso, por ejemplo, del cuento “Un elefante ocupa mucho espacio” de Elsa Bornemann. En el cuento un elefante maltratado por los dueños del circo decide llamar a los animales a sindicalizarse.

palabra libertad, pero aun así queda en el pensamiento, al igual que el amor, la fé, todo...

Y así la dictadura desapareció a tantos jóvenes que fueron en contra del sistema, así como los “hombres libro” que vivían en Fahrenheit teniendo en sus mentes cada libro para así quemar cualquier evidencia, así eran los que siempre se mantenían firmes en la Argentina, desde las Madres de Plaza de Mayo, las Abuelas de Plaza de Mayo buscando sus nietos, marchando, hasta los jóvenes que tal como en la obra de Bradbury, permanecían ocultos hasta que la oportunidad de reimprimir los libros, el arte y la enseñanza de lo vivido resurgiera.

Nadie pensó que íbamos a vivir un Fahrenheit 451, nadie pensó que pasaría eso. Nadie tiene el derecho de implantarnos una ideología que no queramos, ni un gobierno ni una autoridad mayor nos puede imponer pensar distinto porque no somos marionetas. Lo escribe Bradbury, lo sabía Emilio Mignone: los libros son armas y la literatura debería ser un refugio para poder pensar la Historia argentina de manera crítica.

Tenemos derecho a tener sueños, pensamientos distintos, metas distintas, gustos distintos, tenemos derecho de amar libremente. Ningún gobierno debería tener el poder de hacernos creer una mentira ni obligarnos a repetirla miles de veces hasta convertirla en verdad. Todo está en nosotros, depende de cada uno si quiere llenarse la cabeza con esas falsas ideologías o quiere continuar la lucha por la búsqueda de la verdad, por la memoria y la justicia.-

Bibliografía

BRADBURY, Ray (2015): *Fahrenheit 451*. Córdoba: Editorial del Subsuelo.

ENRIQUEZ, M (30 de agosto 2000): *El día que quemaron un millón y medio de libros*. Extraído de <http://www.pagina12.com.ar/2000/00-08/00-08-30/pag26.htm>

FINGUERET, Manuela (Dir) (2001): *Un golpe a los libros (1976 – 1983)*. Dirección General del Libro y Promoción de la Lectura. Secretaria de Cultura del Gobierno de Bs. As.

INVERNIZZI, Hernán (2005): *Los libros son tuyos*. Buenos Aires: Eudeba

LEWIS, M. A. (Productor), TRUFFAUT, F. (Director). (1966): *Fahrenheit 451*. Reino Unido: Universal Pictures

LORCA, J. (22 de septiembre 2006): *La única universidad cerrada por la dictadura pide una reparación*. Recuperado de

<http://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-73365-2006-09-22.html>

LORENZ, Federico (2010): *Pensar la dictadura: terrorismo de estado en Argentina*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación Argentina.

SOLARI, Tomas (Et.al) (2008): *Bibliocastía: los robos, la represión y sus resistencias en bibliotecas, archivos y museos*. Buenos Aires: Eudeba.